

En torno a la oralidad de la prensa en el siglo XVIII: recepción, representación y escritura

On the Orality of the Press in the Eighteenth Century: Reception, Representation and Writing

Maud Le Guellec

<https://orcid.org/0000-0003-1983-5916>

Université Paris Nanterre - CRIIA

FRANCIA

maud.leguellec@parisnanterre.fr

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 11.2, 2023, pp. 309-322]

Recibido: 06-03-2023 / Aceptado: 21-04-2023

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2023.11.02.24>

Resumen. Este artículo se propone analizar la importancia de la modalidad oral y pública de la lectura para la prensa cultural del Siglo de las Luces español. El primer enfoque será pragmático: se evocará la importancia de la recepción colectiva en la realidad histórica de la prensa. El segundo enfoque será metaperiodístico: ¿cómo aparece representada esta oralidad de la lectura en los periódicos que tratan de letras, artes, costumbres y que, como tal, interrogan las funciones del periodismo a la vez que lo practican? El tercer enfoque será literario, y se interesará en el impacto de las relaciones estrechas entre prensa y oralidad sobre las opciones de redacción adoptadas.

Palabras clave. España; prensa; siglo XVIII; recepción; oralidad; lectura colectiva.

Abstract. This article aims to analyse the importance of the oral and public mode of reading for the cultural press of the Spanish Enlightenment. The first approach will be pragmatic, and will take into consideration the importance of collective reception in the historical reality of the press. The second approach will be meta-journalistic: how is this orality of reading represented in newspapers that deal

with literature, arts and customs and, as such, question the functions of journalism while at the same time practising it? The third approach will be literary, and will focus on the impact of the close relationship between the press and orality on the editorial choices that are made.

Keywords. Spain, Press, 18th-Century; Reception; Orality; Collective Reading.

En el contexto de la reflexión colectiva llevada a cabo sobre «Libro y lectura entre Barroco y Neoclasicismo», este artículo se propone analizar la importancia de la modalidad oral y pública de la lectura para la prensa del Siglo de las Luces español. Como lo indica el título, nos interesaremos en tres niveles de realidad. El primer enfoque será pragmático: se evocará la importancia de la recepción colectiva en la realidad histórica de la prensa. El segundo enfoque será metaperiodístico: ¿cómo aparece representada esta oralidad de la lectura en los periódicos? El tercer enfoque será literario, e interrogará el impacto de las relaciones estrechas entre prensa y oralidad sobre las opciones de redacción adoptadas.

Dentro del mundo periodístico, es probable que sean las gacetas políticas las que suscitaron más lecturas en grupo y debates animados, a partir de su aparición en el siglo xvii y a lo largo de los siglos posteriores. Sin embargo, el corpus aquí estudiado será el de los periódicos entera o parcialmente culturales: es decir los que tratan de letras, artes, costumbres y que, como tal, presentan la especificidad de interrogar las funciones del periodismo a la vez que lo practican, de cuestionar la relación que se teje entre escritor y receptor, así como las mejores estrategias para cautivar al público.

1. ACCESIBLE O NO, INDIVIDUAL O COMPARTIDO: ¿CÓMO EL SIGLO XVIII SE RELACIONA CON EL LIBRO?

El siglo xviii es, en toda Europa, un siglo en el que se revoluciona doblemente la lectura: por un lado, el afán por el impreso conoce un verdadero auge, como lo atestigua el aumento de imprentas, tiradas, y puntos de venta¹; por otro lado, la lectura silenciosa se afirma entre las modalidades de recepción del escrito. La conquista de esta lectura íntima, sin embargo, no hace en absoluto desaparecer las prácticas orales y colectivas de la lectura, ni mucho menos: viene a completarlas, y a convivir con ellas. Y Roger Chartier lo establece así, en preámbulo a su reflexión sobre las prácticas del escrito:

Leer en voz alta, para los demás o para uno mismo, leer entre varios, leer para el trabajo o el ocio en común son gestos que no desaparecen con la revolución de la lectura silenciosa, hecha en la intimidad. Se trata así [...] de ver cómo se

1. Aguilar Piñal, 2005, pp. 174-204.

entrecruzan las prácticas sin perder de vista, al mismo tiempo, que mediante este abigarramiento se establecen nuevos modelos de comportamiento, nuevas prácticas culturales, característicos del proceso de privatización de la primera modernidad².

Las causas de la pervivencia de una lectura oral y colectiva son probablemente múltiples, pero citaremos aquí dos factores esenciales. El primer factor es la incapacidad, para muchos —incluidos por lo demás en este apetito insaciable por las novedades y los relatos—, de acceder a la lectura privada. Dicha incapacidad es, en parte, material, pues en su gran mayoría la población no tiene la posibilidad financiera de comprar libros. Así, considerando los años 1750-1760, Antonio Risco establece el sueldo mensual de un criado madrileño a 20 reales³, Jacques Soubeyroux estima el sueldo diario de un compañero orfebre de León comprendido entre 2 y 4 reales —sabiendo, además, que los días no trabajados son numerosos a lo largo del año⁴—, y Francisco Aguilar Piñal da como sueldo diario de un tipógrafo la cifra de 7 reales⁵. Frente a estos sueldos irrisorios, y a título indicativo, las *Reflexiones morales del P. Juan Pedro Lallemand sobre el Nuevo Testamento* anunciadas el 11 de febrero de 1788 por el *Diario de Madrid* se venden 12 reales por tomo, y los *Sermones del Padre Eliseo* anunciados en febrero de 1786 por el *Memorial literario* se venden 40 reales por tomo. En semejantes condiciones, el libro es un producto sumamente lujoso y la única manera de acceder a él, para los estudiantes, preceptores y secretarios, es recurriendo a las bibliotecas de préstamo y a los alquiladores de libros⁶. En cuanto a los campesinos y artesanos, el acceso no podía ser directo. Además, la incapacidad para gran parte de la población de acceder a la lectura privada es también intelectual, digamos, en la medida en que la sociedad del siglo XVIII sigue siendo en grande parte analfabeta —y en el caso de España, más que en Francia o Inglaterra. Según el estudio llevado a cabo por Jacques Soubeyroux en 1985, incluso al final del siglo XVIII español solo el 42,90% de los hombres y el 13,46% de las mujeres saben leer y escribir en España⁷. Y de estos, ¿cuáles saben únicamente firmar y descifrar, y cuáles saben leer con soltura sobre materias diversas, entendiendo lo que están leyendo?

El segundo factor esencial que explica la pervivencia de la lectura colectiva concierne el conjunto de los españoles, ya sea que tengan los recursos financieros e intelectuales para acceder individualmente al libro o no: es la propensión ilustrada al diálogo y a la sociabilidad. La Ilustración, en efecto, considera que las ideas nacen y crecen a través del intercambio y del debate. Sociedades Económicas de Amigos del País, Academias, salones, *tertulias*...: lo propio del siglo XVIII es fomentar los espacios de convivialidad y de discusiones. Lo que dice Roger Chartier de la lectura en voz alta en la Francia de los siglos XVI a XVIII —«cimenta la sociabilidad cultiva-

2. Chartier, 1986, p. 113. Aquí, como en las citas francesas siguientes, la traducción es nuestra.

3. Risco, 2000, p. 45.

4. Soubeyroux, 1978, p. 63.

5. Aguilar Piñal, 2005, p. 200.

6. Wittmann, 1997.

7. Soubeyroux, 1985, p. 167.

da, mundana o amistosa»⁸, «ocupa el tiempo del descanso, fortalece las amistades, nutre los pensamientos»⁹— no solo se puede trasladar al caso español, sino que se puede considerar de más peso aún a partir de la Ilustración, y de la explosión de curiosidad e intercambios que supone. Así, a *La lectura de Molière* de Jean-François de Troy (1728), a *La lectura de la Biblia* de Jean-Baptiste Greuze (1755), evocados por Roger Chartier como testimonios iconográficos de la importancia cultural de la lectura pública pueden responder, en el contexto español, *La lectura de las Pinturas negras* de Francisco de Goya (c. 1820-1823) o, en un periodo más tardío, *Los poetas contemporáneos. Una lectura de Zorrilla en el estudio del pintor* de Antonio María Esquivel (1846).

2. LECTURA ORAL, LECTURA PÚBLICA: EL CASO DE LA PRENSA

Ahora bien, la prensa se alza en primera fila entre los escritos involucrados en esta revolución cultural. La Real Orden del 19 de mayo de 1785 viene incluso a evidenciar que los periódicos son un blanco privilegiado del afán dieciochesco por lo impreso cuando reza: «este género de escritos, por la circunstancia de adquirirse a poca costa y tomarse por diversión, logra incomparablemente mayor número de lectores que las obras metódicas y extensas donde se hallan las mismas o semejantes especies»¹⁰. Los mismos periódicos lo subrayan cuando pretenden alcanzar «[a] bajo pueblo, los aguadores, los mozos de cordel en las tabernas y en sus tugurios» (*Diario de Madrid*, «prólogo», julio de 1786, p. 11), a la «gente sencilla» y «los grandes» (*Correo de Valencia*, 17 de septiembre de 1798, p. 597), a «los poderosos, los ricos, los ganaderos, los labradores, y las demás clases del estado menos pudiente» (*Efemérides de España*, 23 de marzo de 1804, p. 345).

Los dos factores antes evocados para explicar la importancia persistente de la lectura colectiva —incapacidad, sociabilidad— perduran, de hecho, en el caso de la prensa. Es cierto que procurarse un número de periódico es menos costoso que comprar un libro. Pero aún así, no está al alcance de todos un número de cuatro páginas del *Diario de Madrid* o del *Correo de Madrid* ya cuesta dos o tres cuartos —un real corresponde aproximativamente a 8,5 cuartos—, un número del *Diario pinciano* cuesta medio real, uno de la *Espigadera* un real entero. Además, todo se hace para que el lector contrate una suscripción mensual, trimestral, anual. Paul-Jacques Guinard estima que, en los años 1780, solo 5 o 6 000 madrileños, de los casi 200 000 que cuenta la capital, compran el periódico¹¹: podemos entonces imaginar el porcentaje mínimo que la adquisición de la prensa alcanza en ciudades más pequeñas. Compartir un mismo número y leerlo en público es por lo tanto una necesidad para satisfacer la curiosidad de un público amplio y heterogéneo, incapaz de suscribirse a un periódico, o incluso de comprar regularmente núme-

8. Chartier, 1987, p. 95.

9. Chartier, 1986, p. 149.

10. AHN, Consejos, 5550-67. Urzainqui, 1995, p. 128.

11. Guinard, 1973, p. 85.

ros sueltos. El periódico, dice Juan Francisco Fuentes, se convierte así en un «bien comunitario»¹², que alcanzaría para cada ejemplar —a excepción de las revistas eruditas— a diez o quince lectores/oyentes¹³.

Y la propensión del público del siglo XVIII a tomar conocimiento de lo escrito de manera oral y pública, independientemente de la posibilidad que tiene cada uno de comprar y leer, se afirma con más fuerza todavía cuando de prensa se trata. Los periódicos «tienden, por su inmediatez y actualidad de contenidos, a la recepción comunitaria y al comentario en grupo»¹⁴ y se difunden en círculos de sociabilidad específicos, en función de cada categoría social:

En el uso de ciertos espacios para compartir la lectura había unas tendencias sociales muy definidas: el café, el hogar y el club, en sus distintas variantes —sociedad económica o patriótica, ateneo, casino—, eran el lugar elegido por las clases medias y altas, mientras que las clases populares urbanas preferían la calle, en corrillos o ante el ciego de turno, o bien el taller y, más adelante, la fábrica¹⁵.

Del lado de la burguesía, entonces, el café, que mantiene con la prensa una relación estrecha. *El Duende especulativo sobre la vida civil* insiste así, el 27 de julio de 1767, para que el maestro del café disponga sobre una mesa «las *Gacetas*, el *Mercurio*, y los Papeles impresos, que son del día, como *Poesías sueltas*, el *Diario*, el *Duende*, el *Cajón de Sastre*» (p. 142), pues «son el alimento, que mantiene a una infinidad de sujetos». La explosión y politización de estos lugares de sociabilidad, es cierto, tendrá que esperar el liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX pero, ya en la época, los cafés gozan de cierto peso: la ciudad de Cádiz, así, cuenta con 23 establecimientos en el año 1802, según lo que indica la relación de gremios de aquel año. Del lado del pueblo —pero no solo—, la calle. Pues si el entorno de la fábrica, al que alude Juan Francisco Fuentes acerca del siglo XIX, todavía es casi inexistente en la España dieciochesca, los tres mentideros de Madrid, estos «lugares no institucionalizados que se habían impuesto como centros de discusiones»¹⁶, perduran desde el siglo XVI. De las Losas de Palacio (o patios del Alcázar), en las cuales se difunden las informaciones políticas, diplomáticas y militares, a la plazuela del León (el mentidero de los representantes), alrededor de la cual giraba todo el mundillo teatral, pasando por las Gradas de San Felipe (donde se situaba el mentidero de más antigüedad y probablemente de más importancia, por su posición privilegiada de lugar de tránsito de toda la villa), los madrileños podían informarse —de manera más o menos fidedigna— y debatir.

Lope de Vega, en *La moza del cántaro*, define el patio de Palacio como un «archivo de novedades, / ya mentiras, ya verdades» (acto II): como lo decíamos al inicio, las noticias políticas —junto con los simples rumores— debían de ser leídas y comentadas en los cafés y mentideros con más frecuencia que los artículos lite-

12. Fuentes, 2003, p. 727.

13. Guinard, 1973, p. 70.

14. Urzainqui, 2003, p. 385.

15. Fuentes, 2003, p. 728.

16. Hermant, 2012, p. 162.

rarios o morales. Y cuando de periódicos culturales se trata, es esencial considerar, también, el ámbito de los amigos y familiares, la intimidad del salón o de la habitación. Aun así, no podemos dudar que la prensa cultural da pie a lecturas colectivas y debates enardecidos en el conjunto de los círculos de sociabilidad vigentes en la época. Las declaraciones de los periodistas lo muestran: el *Correo literario de Europa* no quiere ser una «obra de estante [...] sino de tertulias» (1781, «Advertencia al lector») y el *Correo de Madrid* sugiere a la Real Sociedad Aragonesa que gestione la suscripción en los pueblos de los periódicos madrileños para que, reunido el vecindario «en una sala moblada cómoda y sencillamente», sean «leídos y comentados» (23 de julio de 1788, p. 1084). Más preciso, el primer número del *Correo de Madrid* indica: «La puerta del Sol, las Fondas, y algunas Librerías serán probablemente los primeros sitios en donde se calcule el mérito de este Papel, y se hagan los pronósticos de la suerte que podrá tener» (10 de octubre de 1784, p. 4). No por nada la génesis de muchos periódicos se vincula estrechamente con academias e instituciones¹⁷.

La relación existente entre prensa cultural y mentideros transparenta incluso por los lugares en los cuales se venden y difunden los periódicos en cuestión. Así, muchas veces son los mismos puntos que, en Madrid, sirven para vender gran parte de los diarios y semanales: vuelven sin cesar las menciones Puerta del Sol, Plazuela de Santo Domingo, Calle de la Montera, Calle de Toledo, Calle de Atocha, Calle de las Carretas¹⁸. Y de las listas de librerías y puestos de venta se destacan, en particular: «las Gradas de San Felipe el Real». Tan solo en los años 1760 se distribuyen allí, por lo menos, la *Aduana crítica*, el *Amigo y corresponsal del Pensador*, el *Bufón de la Corte*, el *Caxón de sastre*, el *Diario extranjero* y el *Escritor sin título*. En los años 1780, es el caso del *Correo literario de Europa*, del *Duende de Madrid*, del *Espíritu de los mejores diarios* o también del *Apologista universal*. Si según José Deleito y Piñuela, los mentideros bajo Felipe IV «fueron para los habitantes [...] lo que el periódico para las gentes de hoy»¹⁹, si Consuelo Moreno Sánchez emite la hipótesis según la cual los mentideros desaparecieron «cuando la prensa libre sustituyó a la mentira libre; cuando la tirada de los primitivos periódicos suplió la difusión de las noticias y ya se hacía innecesario salir a la calle para conocer las 'buenas nuevas'»²⁰, las Gradas de San Felipe siguieron sirviendo de escenario privilegiado para lecturas y charlas hasta mediados del siglo XIX, cuando el lugar fue derrumbado. Comprar los periódicos no solo políticos, sino también culturales, leer y comentar no solo las noticias, sino también las reflexiones sociales y literarias, se podía hacer así en un mismo momento y un mismo lugar.

17. Urzainqui, 2003, p. 387.

18. Se podrá consultar, sobre el tema de la ubicación de las librerías e imprentas madrileñas, el repertorio establecido por Mercedes Agulló y Cobo, 2009.

19. Deleito y Piñuela, 1953, p. 200.

20. Moreno Sánchez, 1991, p. 160.

3. DE LA REALIDAD A LA REPRESENTACIÓN: DECIR LA ORALIDAD

Establecida la importancia de la oralidad en la relación del público dieciochesco a la prensa, me propongo explorar los marcadores y testimonios de esta modalidad receptiva en el seno de los periódicos culturales. Hay, en efecto, numerosos textos que escenifican la lectura de artículos publicados en la prensa²¹. Es verdad que esta lectura puede ser privada —y podemos imaginar que silenciosa—: lectores impacientes por recibir el diario, escandalizados por una reflexión o entusiasmados por una noticia. Así, un lector que firma Luis Peralvillo escribe al *Semanario de Salamanca*: «Mi primer anhelo, al despertar los martes y sábados, es hojear el Semanario, brujulear por entre sus hojas aun no rompidas y saltar de lo erudito a lo curioso, y tornar de lo curioso a lo erudito» (6 de diciembre de 1794, p. 145). Pero, y es lo que nos interesa aquí, muchas veces lo que se ejemplifica es una lectura pública de la prensa, y los debates intensos nacidos de dicha lectura.

Es el caso del número 45 del *Pensador*. «El Martyr del Pensador» evoca la lectura, ante una amiga suya obstinada en confiar sus hijos a nodrizas, de un número del periódico sobre la crianza. Lo anima la idea de persuadirla de cambiar de práctica leyéndole el artículo. No logrará su propósito pero se evoca precisamente el acto de lectura colectiva: «iba leyendo el Pensamiento con sentido, y pausa» (pp. 80-81) y además, si a lo largo del número pensamos que se trata de una lectura entre dos amigos, resulta que está presente un grupo mucho más nutrido de personas, pues en el debate que sigue la lectura, precisa «El Martyr», «embistieron contra mi tal tropel de Cortejantes remilgados, de Dueñas, y otros bichos de mala casta, que tuve a bien salirme corrido, y pesaroso» (pp. 88-89). En el pensamiento siguiente, el mismo corresponsal evoca una de las numerosas tertulias que esperan y comentan cada martes los números del *Pensador*. Para abogar por los méritos del periódico, el autor de la carta se introduce en el debate y dice: «Reproduce en defensa lo dicho ya (bien dicho, y lo sobrado) en los Pensamientos XVIII. XXV. XXXIX. en su Prólogo, y en otros pasajes de su Obra» (núm. 46, p. 98). La lectura pública, así, no es para nada estática y podemos ver representados en esta «reproducción» los distintos tipos de lectura en voz alta que menciona Jean-Marc Buiguès (aunque acerca de los textos de ficción): la perfecta, fiel al texto, pero también «el resumen, el extracto inserto en un discurso, el cuento oral elaborado a partir de un elemento del texto o el invento que se aleja más o menos según la capacidad que tiene el orador de transformar el texto impreso»²².

El Reganón general ofrece a su vez innumerables ejemplos de oralidad: tertulia con unos escribientes, un mancebo de boticario y dos mancebos del barbero o con un agricultor, su hermano, sus hijos y el médico del pueblo, tertulia en Madrid o en Pamplona, etc. La tertulia de Apolo, evocada el 17 de marzo de 1804 por Castro Urdiales, no escapa a la regla. Los detalles muy concretos que proporciona sobre las modalidades de lectura colectiva, sin embargo, son evocadores:

21. Le Guellec, 2016, pp. 355-359.

22. Buiguès, 2003, p. 462.

Saqué de mi bolsillo un papel, y les dije: este es un periódico nuevo que ha llegado a mis manos [...]: todos a una voz preguntaron: ¿cómo se intitula? Les respondí: *El Regañón general*: en el mismo instante lo celebraron con las voces de viva, viva, que ya tenemos un nuevo papel para pasar el resto de la noche más divertidos. *Pierre* tomó la voz, y dijo, pase, pase este papel a la mesa para que allí se lea, y podamos formar concepto de él. En efecto, principió el Riojano, uno de los tertuliantes, a leer el Número 6, que era el último recibido por el correo: mientras se leyó el Regañón todos guardaron un profundo silencio, y advertí en unos un semblante risueño, en otros muchas admiraciones, y en el resto un no sé que, que según inferí daban a entender que les agradaban su lectura (p. 174).

El periódico, que pasa del bolsillo de Castro Urdiales a la mesa de lectura de la tertulia, es un objeto sacralizado, leído apenas publicado, y fuente de un entusiasmo colectivo. La prisa que manifiesta el llamado *Pierre* —expresada por la repetición de «pase»—, la lectura oral por un tertuliano oriundo de la Rioja, el silencio colectivo y los sentimientos suscitados, variados pero positivos: todo está pensado para poner de realce la oralidad de la recepción.

Por supuesto, dichas escenas del *Pensador* y del *Regañón* son puramente ficticias —como lo son muchas de las supuestas «cartas de lector» publicadas en la prensa de la época. La inverosimilitud de las situaciones, la exageración de las actitudes o el humor de los diálogos lo indican. Sin embargo, por su multiplicación y su detallismo, podemos intuir que traducen una realidad. Además, fuera de los numerosos ejemplos ficticios de lecturas colectivas, los periódicos culturales del siglo XVIII nos ofrecen también ejemplos auténticos. Al lado de las charlas tan animadas que unos se desmayan, otros se atragantan o tiran por el suelo chocolate y vasos, encontramos así numerosos relatos, menos desarrollados por lo general, menos humorísticos obviamente, pero claramente fundados en una observación concreta de los usos. Podríamos evocar la lectura del número 129 del *Correo literario de Murcia* por «La Tertulia de apasionados a la lectura del Correo» (7 de diciembre de 1793), o bien la del número del 17 de enero de 1802 del *Correo de Xerez*, y en particular de la carta del sacristán de Paterna, realizada por un militar en alta voz, en presencia de unos niños (14 de febrero de 1802): cada vez, estamos lejos de la grandilocuencia sospechosa de las narraciones evocadas antes. Los dos ejemplos siguientes servirán de confirmación.

En el *Correo de Madrid* del 22 de diciembre de 1787 se publica una carta del Militar ingenuo —seudónimo transparente, en la época, de Manuel Aguirre— que empieza así: «Mis deseos de que todos oigan las importantes ideas y útiles pensamientos, que incluye el ya universalmente apreciado periódico de Vm, me hacen buscar las ocasiones de ver reunidos algunos jóvenes [...] para leerles su contenido» (p. 630). La carta narra luego una lectura en concreto: la del número 105 del periódico —el del 24 de octubre—, hecha el 1 de noviembre de 1787 —cuatro días antes de la redacción de la carta—, ante un auditorio compuesto de militares. Y Manuel Aguirre presenta las reacciones suscitadas por la lectura de cada artículo: las reflexiones legislativas les gustaron, la presentación de las características del aire fijo suscitó una toma de posición exaltada sobre la manera de enseñar la física y el acertijo de Don Lucas Alemán les costó trabajo. Nada aquí nos incita a poner

en tela de juicio la veracidad de lo que se refiere. De manera muy similar, un soldado de infantería de León escribe al *Diario pinciano* para comentarle que un amigo suyo le mandó unos números del periódico, y que los leyó a los soldados de su rancho, dejándoles «con la boca abierta» (23 de febrero de 1788). Como El Militar Ingenuo, el narrador entra en el detalle de esta lectura colectiva, y de las reacciones suscitadas por cada artículo. El soldado evoca así un artículo histórico sobre los torneos antiguos que provocó el mayor entusiasmo entre el auditorio, «inflamado»; comenta que las informaciones legales les gustaron a todos, «como buenos y honrados Soldados del Rey» que «agrada[n] ver castigados a los Pícaros»; y precisa que la sección que más «gozo» provocó fue la que trata de las comedias y bailes, «pues como somos gente alegre gustamos de estas diversiones».

Los episodios de lectura colectiva, así, se repiten a lo largo de los números. Ficticios, muchos; auténticos, algunos: todos tienden a demostrar por el ejemplo el vínculo estrecho entre prensa y oralidad que han establecido los datos históricos evocados antes.

4. DE LA REALIDAD A LA ESCRITURA: MOSTRAR LA ORALIDAD

Pasemos ahora al último término mencionado en el título: la escritura. Al evocar la preeminencia de la oralidad y de la colectividad en el universo periodístico, Inmaculada Urzainqui precisa que la prensa «debe ajustar un estilo, un tono y un método adecuados a esas expectativas»²³. Varios son en efecto los rasgos de los periódicos españoles del Siglo de las Luces que favorecen «el maridaje entre texto y oralidad»²⁴. No se trata aquí de desarrollar el estudio formal de la prensa cultural española²⁵, sino de presentar sucintamente algunas características de dichas publicaciones, que las hacen más idóneas a la lectura pública.

A nivel genérico, primero, cabe subrayar la variedad de contenidos que abarcan los periódicos ilustrados. Muchos son de índole miscelánea, y alternan secciones de agricultura o de economía, de filosofía o de literatura. Las *Variedades de ciencias, literatura y artes* constituyen un buen ejemplo de ello, pues su prospecto anuncia: «Un trozo sobre matemáticas o mecánica será seguido indiferentemente por otro sobre mineralogía, zoología o agricultura; una disertación literaria sobre poesía será interpolada con una discusión histórica, con un artículo filosófico sobre el lenguaje o con el examen artístico y racional de una escultura o de un cuadro». Cada lector u oyente podrá encontrar por lo tanto con qué satisfacer su curiosidad, en función de su profesión y de sus pasatiempos. Pero además, las conversaciones de las tertulias podrán basarse sobre esta variedad temática para alejarse de cualquier tipo de monotonía. Por otra parte, los artículos no son solo diversos, sino también breves. El periódico, a lo largo del siglo, va reduciendo su número de páginas a la par que acorta su periodicidad y dentro de cada número, las reflexiones e informaciones expuestas ganan en síntesis. Así, pasamos de las 60 páginas del

23. Urzainqui, 2003, p. 379.

24. Urzainqui, 2003, p. 387.

25. Un análisis formal más desarrollado se puede encontrar en Le Guellec, 2016.

mensual *Academia de ociosos* (1763-1764) a las 32 páginas del bimensual *El Escritor sin título* (1763), de las 16 páginas del semanal *Diario extranjero* (1763) a las 8 páginas de bi-semanal *Correo literario de Murcia* (1792-1795), hasta llegar a las 4 páginas de un diario como el *Diario histórico y político de Sevilla* (1792-1793). Por lo tanto, se ofrecen cada vez más a los lectores menos doctos o más atareados fragmentos breves, de los cuales pueden tomar conocimiento rápidamente, y cuya lectura se adapta perfectamente en círculos sociales donde hay que brillar siempre, y aburrir nunca.

A nivel estilístico también, la realización de los periódicos ilustrados potencia una mayor accesibilidad, y favorece la oralidad. El lugar privilegiado que se otorga a lo cómico a lo largo de los números, con el uso humorístico de seudónimos como Don Cucufato Garrones o Don Wolfango Rodulfo Ascanio de Mazarambroz o las piezas más frívolas que se insertan al final de un número —parodias de pronósticos o de epitafios, «chistes» y «dichosos sentenciosos», anécdotas y anacreónticas...—, es un garante de éxito frente a un auditorio variado. El gusto evidente de la prensa cultural por una literatura visual permite a su vez poner la realidad en escena para que aparezca, a los ojos de los lectores y a los oídos de los oyentes, con los colores más vivos. Para ello, se recurre así con frecuencia a la fuerza sugestiva de los retratos, de los relatos ficticios de bailes o tertulias, de los sueños o de los viajes. En cuanto al alejamiento progresivo del estilo grandilocuente hacia una sencillez sintáctica, léxica y retórica, hacia «términos y frases sencillas» (*El Duende especulativo*, núm. 6, p. 116), se adapta perfectamente a una lectura en voz alta. Los periodistas, al escribir los números, van hasta imitar en muchas ocasiones —y cada vez más, conforme va avanzando el siglo— las formas del lenguaje hablado. Palabras que se repiten, frases que se quedan en suspense, uso de incisos, vacilaciones y digresiones, multiplicación de apóstrofes a los lectores: todo contribuye a dar al escrito las apariencias de la oralidad. Y eso en particular en las cartas —auténticas o ficticias— de lector y en los «espectadores», estos periódicos satíricos que se inspiran del *Spectator*, de Addison y Steele, e imitan «el tono conversacional típico de la *coffee house* o de la *tea table*»²⁶. La inserción de expresiones familiares y refranes populares, asimismo, es constante: «como cuatro bollos de Villanueva» (*Diario de los literatos*, núm. 5, p. 3) corre pareja con «sin tiquis miquies» (*El Corresponsal del Censor*, núm. 10, p. 142), «sin que nos oiga el cuello de la camisa como dicen» (*Semanario de Zaragoza*, 5 de septiembre de 1799, p. 153) o el omnipresente «echar [su] cuarto a espadas» (que se encuentra, entre otras ocurrencias, en el *Diario pinciano* del 18 de abril de 1787, p. 135, en el *Correo literario de Murcia* del 29 de septiembre de 1792, p. 66, y en el *Diario de Valencia* del 9 de marzo de 1795, p. 270).

A nivel enunciativo, por fin, la prensa cultural favorece también la transposición oral de lo escrito. Los periódicos del siglo XVIII son en efecto en buena parte participativos: el lector es incitado a restablecer el sentido de un discurso irónico, a solucionar logogrifos, problemas matemáticos y enigmas, o a descifrar los seudónimos de las firmas. Para cada una de estas habilidades, imaginamos fácilmente cómo la reflexión individual y silenciosa puede dar paso a la reflexión colectiva y bulliciosa.

26. Cervantes, 1999, p. 42.

Los periódicos del siglo XVIII son, además, polifónicos y, como tales, propensos al debate y a la polémica. A lo largo de los números dialogan así los periodistas con lectores auténticos y ficticios, los lectores entre sí e incluso, en algunas ocasiones, los periodistas de distintas revistas entre sí. Ahora bien, esta tribuna abierta, en la cual el tono empleado es de buena gana mordaz, es el lugar idóneo para la contradicción. De un lector a los contributores, cuando el Licenciado Román de Arce presenta a los autores incluidos en el *Semanario de Salamanca* como «mozalbetes barbilampiños [...] dignos del más alto desprecio» (15 de marzo de 1794), o cuando Pablo Zamalloa presenta las composiciones poéticas publicadas en el mismo *Semanario* como «insulsas, livianas o insolentes», verdadera «fuente cenagosa», que no disciernen «la chocarrería del gracejo, la grosería de la graciosa naturalidad, y la obscenidad de la libertad permitida» (18 de febrero de 1804). De un periodista a otro, cuando el *Diario de Madrid* presenta el *Correo de Madrid* como un «papel de cortos vuelos», «de limitada propagación», que demuestra «vilantez», «inventa falsedades», «adelanta proposiciones arbitrarias» (4 de noviembre de 1786). La participación activa favorece la polémica, y ambas favorecen la toma de palabra.

Variación y brevedad, poder de evocación y sencillez, polifonía y disputa: la prensa cultural del Siglo de las Luces lleva en sí los gérmenes de la oralidad. Las lecturas en voz alta así como los debates animados que las prolongan son la continuación lógica de la escritura, y de los debates internos. A no ser que la causalidad sea invertida, y que los periodistas desarrollen estos rasgos genéricos precisamente para responder a la oralidad de muchas lecturas. En todo caso, el mismo *Regañón general* lo afirma desde su prólogo: «la misma ligereza con que [los periódicos] tratan las materias hace que se muevan disputas, que se rectifiquen las cosas opinables, que se analicen las cuestiones».

La interdependencia entre la nueva práctica periodística y la oralidad de la lectura no deja así lugar a dudas. Las cifras de la historia del libro y el parentesco entre periódicos, mentideros y cafés nos aportan indicios concretos de esta relación intrínseca. Los relatos de tertulias y de charlas animadas que aparecen entre las páginas de los números, ficticios o auténticos, representan con veracidad las lecturas colectivas: interlocutores, lugares, entonaciones y reacciones. En cuanto al género, al estilo y a la enunciación de este nuevo tipo de escritos, proporcionan a la lectura oral su viveza y su propensión a la polémica.

La oralidad de la prensa española del siglo XVIII, por lo tanto, no es en absoluto paradójica o casual, sino que corresponde a una disposición natural de lo periodístico a la lectura y al debate públicos. Si los periódicos se comparten, es que su funcionamiento y sus planteamientos propician y exigen, de alguna manera, esta oralidad. Con la prensa ilustrada, pasamos de la «ausencia de la voz» a la «enmienda» de esta ausencia, de las «ficciones de presencia» a la presencia efectiva²⁷.

27. Rabau, 2000, p. 131.

PERIÓDICOS DEL SIGLO XVIII CITADOS

- Aduana crítica*, Madrid, Imprenta de Gabriel Ramírez, 1763-1765.
- Amigo y Corresponsal del Pensador (El)*, Madrid, Imprenta de Francisco Javier García, 1763.
- Apologista universal (El)*, Madrid, Imprenta Real, 1786-1788.
- Bufón de la Corte (El)*, Madrid, Imprenta de Gabriel Ramírez, 1767.
- Caxón de sastre*, Madrid, Imprenta de Gabriel Ramírez, 1760-1761.
- Correo de Madrid o de los ciegos*, Madrid, Imprenta de José Herrera, 1786-1791.
- Correo de Valencia*, Valencia, Imprenta de Miguel Esteban y Cervera, 1797-1799.
- Correo de Xerez*, Jerez de la Frontera, Francisco José de Barreda, 1800-1802; 1805-1808.
- Correo literario de la Europa*, Madrid, 1781-1782; 1786-1787.
- Correo literario de Murcia*, Murcia, Imprenta de la Viuda de Felipe Teruel, 1792-1795.
- Diario de Madrid*, Madrid, Imprenta del Diario, 1758-1779; 1781; 1786-1917.
- Diario extranjero*, Madrid, Imprenta de Gabriel Ramírez, 1763.
- Diario pinciano*, Valladolid, Viuda e Hijos de Santander, 1787-1788 [edición facsímil de Narciso Alonso Cortés. Valladolid: Academia de Bellas Artes, 1933].
- Duende de Madrid (El)*, Madrid, Pedro Marín, 1787.
- Duende especulativo, sobre la vida civil (El)*, Madrid, Manuel Martín, 1761 [edición de Klaus-Dieter Ertler, Frankfurt, Peter Lang, 2011].
- Efemérides de España*, Madrid, Imprenta de Caballero, 1804-1806.
- Escritor sin título (El)*, Madrid, Manuel Martín, 1763-1764.
- Espíritu de los mejores diarios literarios que se publican en Europa*, Madrid, Antonio Espinosa, 1787-1791.
- Pensador (El)*, Madrid, Imprenta de Joaquín Ibarra, 1762-1763; 1767 [edición facsímil de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Lanzarote, 1999].
- Regañón general (El)*, Madrid, Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia, 1803-1804.
- Semanario erudito y curioso de Salamanca*, Salamanca, 1793-1798.
- Variedades de ciencias, literatura y artes*, Madrid, Oficina de Benito García, 1803-1806.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Piñal, Francisco, *La España del absolutismo ilustrado*, Madrid, Espasa Calpe, 2005.
- Agulló y Cobo, Mercedes, *La imprenta y el comercio de libros en Madrid (siglos xvi-xviii)*, Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense, 2009 (tesis de la Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, Departamento de Historia Moderna, leída el 10 de enero de 1992): <http://eprints.ucm.es/8700/1/T17385.pdf> [consulta: 2 de junio de 2023].
- Buiguès, Jean-Marc, «Los lectores: oficios, profesiones y estados», en *Historia de la edición y de la lectura en España (1472-1914)*, dir. Víctor Infantes, François Lopez y Jean-François Botrel, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, pp. 424-433.
- Cervantes, Xavier, «Pour une approche littéraire du *Spectator*», en *Lectures d'une œuvre. The Spectator. Addison and Steele*, coord. Georges Lamoine, Paris, Éditions du temps, 1999, pp. 27-100.
- Chartier, Roger, «Les pratiques de l'écrit», en *Histoire de la vie privée*, dir. Philippe Ariès y Georges Duby, Paris, Seuil, 1986, t. 3 (dir. Roger Chartier), pp. 113-161.
- Chartier, Roger, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, Paris, Seuil, 1987.
- Deleito y Piñuela, José, *Solo Madrid es corte. La capital de dos mundos bajo Felipe IV*, Madrid, Espasa Calpe, 1953.
- Fuentes, Juan Francisco, «El público del libro y la prensa (1808-1868)», en *Historia de la edición y de la lectura en España (1472-1914)*, dir. Víctor Infantes, François Lopez y Jean-François Botrel, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, pp. 724-734.
- Guinard, Paul-Jacques, *La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*, Paris, Centre de Recherches Hispaniques, 1973.
- Hermant, Héloïse, *Guerres de plumes. Publicité et cultures politiques dans l'Espagne du xviii siècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 2012.
- Le Guellec, Maud, *Presse et culture dans l'Espagne des Lumières*, Madrid, Casa de Velázquez, 2016. <https://books.openedition.org/cvz/12737?lang=fr>.
- Moreno Sánchez, Consuelo, «Los mentideros de Madrid», *Torre de los Lujanes. Boletín de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País*, 18, 1991, pp. 155-172.
- Rabau, Sophie, *Fictions de présence. La narration orale dans le texte romanesque du roman antique au xxe siècle*, Paris, Honoré Champion, 2000.

Risco, Antonio, «Mantener una casa en Madrid. Modelos familiares y economía doméstica hacia 1766», en *Historia social y literatura. Familia y clases populares en España (siglos XVIII-XIX)*, ed. Roberto Fernández y Jacques Soubeyroux, Saint-Étienne, Université Jean Monnet, 2000, vol. 1, pp. 37-56.

Soubeyroux, Jacques, *Paupérisme et rapports sociaux à Madrid au XVIII^e siècle*, Lille, Atelier de Reproduction des Thèses, 1978.

Soubeyroux, Jacques, «Niveles de alfabetización en la España del siglo XVIII. Primeros resultados de una encuesta en curso», *Cuatro estudios sobre el país valenciano. Revista de historia moderna. Anales de la universidad de Alicante*, 5, 1985, pp. 159-174.

Urzainqui, Inmaculada, «Un nuevo instrumento cultural: la prensa periódica», en *La república de las letras en la España del siglo XVIII*, dir. Joaquín Álvarez Barrientos, François Lopez e Inmaculada Urzainqui, Madrid, CSIC, 1995, pp. 125-216.

Urzainqui, Inmaculada, «Un nuevo sistema de escritura y de lectura: la prensa periódica», en *Historia de la edición y de la lectura en España (1472-1914)*, dir. Víctor Infantes, François Lopez y Jean-François Botrel, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 2003, pp. 378-389.

Wittmann, Reinard, «Une révolution de la lecture à la fin du XVIII^e siècle ?», en *Histoire de la lecture dans le monde occidental*, dir. Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Paris, Seuil, 1997, pp. 331-364.